

# Palabras en las paredes

Luis Manuel García Méndez

De cien mil maneras pierdes tus tesoros  
y has de subir a las nueve colinas.  
No corras ávidamente tras ellos.  
Al cabo de siete días los recuperarás.  
*I Ching, p. 293*

La municipalidad ha dejado por imposible la pared Norte del Edificio Metropolitan. Una mañana de invierno, amaneció completamente tatuada con poemas de amor, exhortaciones a la virtud, diatribas contra el clero, la clase política, la empresarial, la castrense, incluso contra la clase turista de los vuelos comerciales. Cada centímetro cuadrado estaba ocupado por citas del Tao Te King y de Lao Tsé, retratos del Chef Guevara con gorro de cocinero, anuncios clasificados (“se busca un imperdible”, “empresario bicéfalo necesita secretaria bilingüe”, “cambio doberman por mano ortopédica”, “viejo verde solicita joven ecologista”), muralismo y poesía de urinario público. Un completo muestrario de lo que el asesor de políticas sociales llama “cultura naif contemporánea”.

Los trabajadores del Servicio de Limpieza Pública y Ornato se asombraron de que en una noche hubiesen rellenado hasta el suelo doscientos cincuenta metros cuadrados de pared. Tuvo que ser una banda organizada de rufianes grafiteros. Avisaron a la dirección municipal que harían horas extra y cubrieron con pintura aquel despropósito verbal y gráfico.

A la mañana siguiente, los grafitis habían traspasado la capa de pintura y se veían mejor que el día anterior. Sus superiores montaron en cólera. Sospecharon que los trabajadores habían trocado los botes de pintura Valentine por algún encalado de cuarta categoría. De modo que esa tarde el propio concejal de Ornato

supervisó que en la tarea de enmascaramiento se empleara, sin diluir, el mejor producto del mercado.

Como Lázaro, los grafitis resucitaron a la mañana siguiente. No es posible, se dijo el concejal, y convocó al químico del ayuntamiento quien raspó las inscripciones para analizar los pigmentos en el laboratorio. Observó, eso sí, que la inscripción arañada recobraba en pocos minutos su color original. Según la espectrografía de masas, no había ningún componente fuera de lo habitual. El químico concluyó que la resurrección de las pictografías se debe a alguna anomalía de la superficie. Basándose en el informe técnico, el concejal propuso desviar una partida del presupuesto dedicada a reparar semáforos defectuosos, y tapiar el mural con losas de granito o de mármol.

Por unanimidad, adquirieron trescientos metros cuadrados de mármol rosado. A los cuatro días, el flanco Norte del Edificio Metropolitan parecía una tarta de cumpleaños. “Bellísimo”, proclamó el concejal de Ornato, aunque el vicesecretario de Cultura comentó esa noche con su mujer que “aquello es tan elegante como la decoración de un restaurante chino”.

“Tapado está”, accedió el vicesecretario, y todos se fueron a dormir con la satisfacción del deber cumplido.

Los pigmentos del mural, de un modo incomprensible para la ciencia, atravesaron en una noche la piedra y se mostraban ahora mejor que antes, plastificados (petrificados) bajo la brillante superficie de mármol.

Ante el recorte de las asignaciones y la imposibilidad de demoler el edificio, la municipalidad ha abandonado todo intento de borrar la pared Norte.

Visto desde cierta distancia, el grafiti semeja para algunos una mano extendida, un pájaro emprendiendo el vuelo o nubes vagarosas en su cielo rosado de mármol. Y las imágenes no sólo cambian con la luz o con la perspectiva. También con el tiempo: amaneceres veraniegos, bandadas de aves surcando el cielo rosado de otoño o abrazos invernales. Algunos noctámbulos aseguran que de madrugada pueden observarse imágenes sicalípticas en este *Kama Sutra* panorámico. Pero el hecho no ha sido confirmado.

El mural ha reanimado el turismo y es más famoso ya que las caras de Belmez (la fe en los milagros es una industria en declive). De modo que el ayuntamiento cejó en su empeño de obstruir la mirada mediante arbolillos sembrados en jardineras de hormigón, en especial después que las jardineras amanecieran en plena calle, movidas por una grúa invisible, con el peligro consiguiente para la seguridad vial.

Un estudiante de Bellas Artes que durante un año entero ha cartografiado día por día los doscientos cincuenta metros cuadrados de pancarta, presentará hoy su tesis, y si sus diapositivas de alta resolución no le hacen alguna jugarreta —tiembla pensando en el ridículo y, sobre todo, en el suspenso—, está a punto de demostrar que los mensajes del mural se actualizan por días o por horas. Él los ha visto mutar ante sus ojos, dar cuenta de los últimos reclamos de la ciudadanía, burlarse de los políticos de turno y parafrasear al cierre las noticias, como un misterioso teleprompter accionado por un operador telepático y, quizás, multitudinario. Aunque su tutor ya le ha advertido que el tribunal no aceptará sin pruebas concluyentes esa hipótesis temeraria. Así que remítete, muchacho, al realismo mágico. Macondo sí es un hecho comprobado.